

REVISTA GALAICA.

Año I.

Ferrol 30 de noviembre de 1874.

Núm.º 14.

TEOCRACIA Y DEMOCRACIA.

I.

Todas las noticias del Norte están contestes en que el partido carlista entró en un período acentuado de descomposición, sin haber aún establecido su corte en Madrid como se prometía. Que Dorregaray significó a Carlos de Borbon y Este la conveniencia de que llamara a Cabrera para ponerse al frente de las huestes absolutistas, como único remedio para obtener el triunfo, y que Carlos rehusó llamarle, y que Dorregaray y otros jefes salieron entonces de Estella para Francia abandonando la causa carlistas,—cosa es que las mil tropas de la fama repiten con insistencia.

El partido clerical ó teocrático lleva, pues, la muerte en su seno: bien reine Isabel II, y á su sombra pretenda dominar la sociedad; bien reine Carlos VII, y á su sombra pretenda los mismos fines,—el militarismo, siempre en pugna con el elemento clerical, dará con él en tierra.

Escrita está, como dicen los arabes, la muerte de la teocracia,—y todos sus esfuerzos serán vanos para sobreponerse á los poderes civiles, como lo intenta con saña y hasta con ferocidad.

Si el clero se circunscribiera á vivir la vida pública en la iglesia y no se inmiscuyera en los asuntos de la vida civil, su institución sería eterna y sumamente respetada; pero como el clero ha mistificado la religion y la política absurdamente; como ha puesto en frente del derecho civil su derecho teocrático á nombre de Dios, el clero será arrollado uno y otro día, revista su causa la forma más piadosa que quiera.

Lo que se cuestiona hoy en Navarra con las armas en la mano, no es si ha de haber monarquía ó república, no es tampoco si ha de sentarse en el trono Carlos VII, ó Alfonso XII, ó nadie;—lo que lucha hoy en Navarra son dos principios: el derecho civil y el clerical, pero sin quererse convencer el clericalismo que aun cuando venciera, á su vez sería vencido, pues de su mismo seno surgiría instantáneamente la democracia bajo la forma del militarismo, y lo sepultaría en los abismos de su oscuridad ó impotencia política.

Supongamos que D. Carlos venciera y se coronara en Madrid, ¿qué tendríamos, pues, en seguida? Una monarquía teocrática como la de Carlos II de Austria. Pero al año, ó á los dos, un movimiento militar con Cabrera al frente, ó con Dorregaray, ó con Mendiri, ó con otra especie de Prim carlista, daría al traste con el elemento teocrático ó clerical y bajo el impulso del elemento militar surgiría otra vez la democracia á la vida pública, y Carlos VII tendría que ser un rey constitucional, pues sinó sería arrojado del trono como lo fué Isabel II,—ó sucedería en el reinado de Carlos VII lo que en el reinado de Fernando VII, que unos años los clericales estaban arriba y los liberales abajo,

ó viceversa, hasta que venció casi definitivamente el elemento liberal ó civil.

Se nos dirá que nuestras afirmaciones caen por su base, puesto que no es exacta la actitud de Dorregaray y demás jefes carlistas:—pues demos de barato que no exista tal actitud;—pero ¿se nos quiere explicar entonces cual es la de Cabrera, y á qué obedece?

Desengañese el clericalismo; está muerto, enteramente muerto en el porvenir. Por mas esfuerzos que haga para sobreponerse á todos los poderes civiles en el seno de la sociedad, su causa no prevalecerá nunca, porque lleva el veneno de la democracia en sus entrañas, puesto que lo lleva en sus huestes militantes para desarrollarse en el día del triunfo ó en el de la paz, pudriendo completamente el cadáver galvanizado de la teocracia. Si el clericalismo pudiera valerse sin los militares para su triunfo, viviría, viviría como vivió la corte de Oñate en el palacio de la plazuela de Oriente: pero el clericalismo en armas tiene que valerse de los militares,—y los militares por más que no lo parezcan son la antítesis de los clericales, son liberales por excelencia porque del pueblo salen y al pueblo vuelven; no son como el clero que del pueblo sale si, pero no vuelve á él jamás.

El triunfo de la democracia sobre la teocracia, no puede ser mas evidente á los ojos del hombre sensato; pero no de la democracia cantonal, *holgazana y expoliadora*; sinó de la democracia industrial, *trabajadora y honrada*.

Antiguamente la teocracia tenia razon de ser, atendido el atraso intelectual de los pueblos. Hoy la teocracia ó clericalismo es imposible de todo punto: la sociedad actual y la venidera no pueden transigir en modo alguno con ese elemento carcomido y desvencijado. Lo que ha muerto para siempre, en vano se puede resucitar. Luchar en honor de esa causa, es luchar contra la fuerza de los sucesos en la corriente de los siglos. Lo más singular de esa causa—la teocracia,—es que ella misma no conoce que lleva la vivora en las entrañas; esto es, que lleva en sus propias banderas el elemento que la ha de asfixiar otra vez, como la asfixió siempre; el militarismo, ó lo que es igual la *democracia armada*.

II.

Cuanto acabamos de consignar respecto al carácter de la lucha civil que ensangrienta el suelo español entre clericales y liberales, puede considerarse como una apreciación puramente de *política interior*,—pero como el mal tiene su foco fuera de España, esto es, en el ultramontanismo, preciso nos es apreciarlo en más elevada esfera, bosquejándolo en otra apreciación de *política exterior*.

Aunque parezca, pues, que el árbol teocrático de Navarra tiene sus raíces en nuestro suelo, y *hasta en nuestras calles...*; aunque tenemos la serpiente en el pecho, y hay que arrancarla de él y piso-

tearla; remontando el pensamiento á la política internacional, vemos que hace años viene evidenciándose más ostensiblemente esa lucha en la sociedad europea entre el clericalismo y el liberalismo, entre las tinieblas y la luz, entre el Papa y Bismarck,—personificaciones éstas del derecho antiguo y del derecho moderno.

Como se ha dicho siempre hasta la saciedad, y aún es poco repetirlo una y otra vez,—el ultramontanismo es una espada que tiene la empuñadura en Roma y la punta en todas partes: de modo que la sociedad en general ha sido y es víctima de ese elemento farisaico que pugna por sobreponer su poder á todo poder, dominando con su influencia—no en la iglesia sólo—sinó en el palacio de los reyes, en el palacio de la magistratura, en el palacio del municipio, en una palabra, hasta en el hogar doméstico. Allí donde se levantó y se levante una mejora social, allí apareció y aparece el clericalismo para inutilizarla. «No se ha de pensar sino lo que yo quiera que se piense»—ha dicho,—ni se ha de hacer más que lo que yo quiera que se haga.» Y todo pretende docilitario á este criterio de pandillaje, monopolizando moral y materialmente á la humanidad.

A nombre de un Dios tan quimérico como su Dios X, ese elemento mistificador de la política y de la religión, y más político que religioso, aspira uno y otro día á recobrar su perdido dominio universal, supeditando reyes y naciones á sus plantas. Excéntrico, fuera de su misión evangélica, ese elemento expoliador no se circunscribe á depurar la religión del Crucificado del óxido que la devora, sino que en su sibaritismo, sale de la iglesia y se apodera de la conciencia de las gentes oscuras, pretendiendo de este modo apoderarse de la sociedad en general:—para ese elemento todo el oro y toda la sangre de los pueblos; para ese elemento las mayores riquezas y los mayores gozos. Vedlo, examinad bien al elemento pseudo cristiano: desde el papa hasta el último párroco de aldea, no hay un individuo pobre ni que carezca de influencia; mientras el honrado trabajador de los campos no puede, relativamente, disfrutar de los placeres, del *comfort* ó buena vida de esos escribas, esparramados por el haz de Europa como la langosta por los sembrados. De aquí el que—meditando bien el carácter de todas las luchas del continente—veréis siempre, sino frente á frente, al ménos en el fondo, el derecho clerical hostilizando al derecho civil,—ó lo que es lo mismo, el ultramontanismo ó la barbarie hostilizando al liberalismo ó la civilización. Tal es y ha sido el carácter filosófico de todas las luchas continentales.

Por eso dijo muy gráficamente el talento más profundo de la época moderna (Bismarck): «El papa es el enemigo eterno de la sociedad.»—Y de ahí, la guerra franco prusiana para desalojar á los franceses de Roma, y que ésta abriera sus puertas como córte—no de los papas—sinó de la Italia liberal.

Roto y desvaratado el ultramontanismo en esa gigantesca lucha, ó inutilizado en el mismo Vaticano como poder, trata de rehacerse en Francia con Enrique V, en Italia con otro Borbon, en España con Carlos VII, en Portugal con la propia casa de

Braganza y hasta en Alemania con la propia casa de Brandeburgo;—y como la España clerical se puso en armas en este sentido, de ahí también el reconocimiento europeo de la España liberal impulsado por Bismarck,—y de ese reconocimiento internacional la reacción ó cambio de actitud que efectúa la Francia, cortando en los Pirineos las raíces del árbol teocrático.

Y cortadas las raíces, el árbol vendrá irremisiblemente abajo,—y el triunfo de la democracia europea es infalible, por más que se nos amenace con una guerra de religión, hoy sin objeto, puesto que esa guerra ya ha sido derimida virtualmente en el fondo de las conciencias. Hoy no es ayer. Ayer Dios era un hombre: hoy Dios es Dios, lo infinito y lo absoluto, lo eterno y lo inmenso, o el espíritu puro Tiempo y Espacio en donde *sumus, vivimos et movemur* según la feliz definición de San Pablo. Ayer Dios era un nombre monopolizado por el elemento farisaico: hoy Dios no consiente en su excelcitud que se le escarnezca de ese modo inicuo, sirviendo subjetivamente para la más horrenda de las explotaciones.

Pero, muy poco le queda de vida al ultramontanismo oficial ú ostensible, por decirlo así: es cuestión de duración, cuestión de uno ó dos años,—pues muerto Pio IX, difícilmente podrá ser sustituido por cardenal alguno, cuando la elección entraña como entraña el choque, el huracán de todas las pasiones internacionales comprimidas contra el desvencijado y carcomido catolicismo. La misma iglesia, en su seno, entraña ya el cáncer del nuevo cisma, cisma mortal. Los dos imperios más grandes de Europa, Rusia y Alemania, han retirado ó acaban de retirar sus legaciones cerca del Papa,—y la Gran Bretaña y Austria no tardarán en hacer lo mismo. El último suspiro de Mastai Ferrati, será el último suspiro de los papas en Roma.

III.

Verdad es que el ultramontanismo, como está tan extendido por la haz de Europa, pudiera volver á retoñar en tal ó cual otro estado;—pero la hoz de Bismarck no se enmohecerá,—y aún cuando el gran canciller de Alemania sucumbiese, no faltarán talentos de primer orden que la recojan de sus manos y la esgriman con más rodoblado empuje hasta segar completamente la mala yerba teocrática, que es el objetivo de la civilización. Los campos, así en España como en Europa, se hallan hoy perfectamente deslindados: de una parte el clero, de la otra el pueblo: de una parte el derecho clerical, de la otra el derecho civil,—y el éxito de la lucha no puede ser dudoso entre ambos elementos beligerantes, la teocracia y la democracia, porque el porvenir es del trabajo, no de la holgazanería.

Volvemos á persistir en que hoy no es ayer. Ayer, sumido el pueblo en la oscuridad á que lo condenaban sus opresores á nombre del Dios X, apenas podía levantar la frente á la altura de sus tiranos, mirándolos como los miraba de rodillas. Hoy, ilustrado el pueblo más y más por el esplendor que ha difundido la imprenta, formula su

derechos sagrados, y alta la frente, encierra al clericalismo en la iglesia, concentrando lo que estaba *excéntrico* en el orden social. En vano es la resistencia. Ha llegado la hora en que el pueblo recobre sus derechos,—y ante la soberanía de su colectividad, no hay otra soberanía terrenal alguna. Cada entidad en su puesto: el rey en palacio, el diputado en la cámara, el magistrado en la audiencia, el concejal en el municipio y el sacerdote en el templo, tal es la estructura de las naciones modernas que llegan al Canaham prometido. Ayer, por el contrario, el sacerdote no sólo estaba en el templo, sino en el hogar doméstico del ciudadano, en el municipio, en la audiencia, en la cámara y en el palacio real, dominándolo todo y todo moral y socialmente:—el león pueblo, aplasta al fin á la vívora cuyo ádito envenenaba su atmósfera.

La teocracia no existe, pues, sino como el resplandor último de una gran hoguera que todo lo consumió. En cambio la democracia sube á las primeras capas sociales, como verdadera sábia del árbol de la vida moral y material de los pueblos; —y como absorbió en sí á la aristocracia antigua (por la fuerza que manda en su razón de ser), del mismo modo absorberá en su seno á la teocracia, aunque este elemento resista á nombre de Dios ó á nombre del diablo,—ayer inspiraciones de su maquiavelismo político, y hoy vanos fantasmas en sus labios, porque no sólo la doctrina de Cristo sino hasta su nombre, todo lo ha pervertido con su abominable ejemplaridad de vida, con su hipérita sed de bienes y de goces mundanales.

Como dicen los telegramas recibidos del extranjero: «El gobierno italiano ha dirigido un *memorandum* á todas las potencias, poniendo en relieve los peligros que resultan de consentir que el Vaticano sea foco de conspiraciones permanentes contra el progreso y las instituciones modernas.»

En la ineludible ley del progreso humano, la teocracia va quedando por instantes sin movimiento vital alguno,—á la manera de las instituciones sociales caducas, que arroja inertes al estadio de la historia la corriente de los hechos que se suceden en el Tiempo y el Espacio.

B. VICETTO.

1.º de noviembre de 1874.

A GALICIA.

¡Mirad, mirad, ojos míos!
 ¡Dó quier ondulantes ríos
 de limpia corriente mansa,
 que á trechos juega ó descansa,
 entre follages sombríos!
 ¡Dó quier fértiles collados,
 ricos de aroma y matices,
 con mosaicos de sembrados,
 y pomposos arbolados
 de enmarañadas raíces!
 ¡Dó quier frescos manantiales
 que dan á los campos bríos!
 ¡Allá, blancos caseríos!
 Aquí, chinecos maizales!...
 ¡Gozad en ver, ojos míos!
 ¡Mirad bien! ¡Galicia es esa!

¡Corazon, tu bien lo sabes!
 ¡La de las brisas suaves,
 la que el mar ansioso besa,
 el tocador de las aves!

En sus huecos troncos viejos
 duermen durante las sombras;
 y del alba á los reflejos
 en sus lagos ven espejos
 y en sus céspedes alfombras.

¡Bien hayas, éura sutil
 cargada de olores mil
 que recogiste en la loma,
 agreste y vário pensil
 dó la abeja su miel toma!

¡Al aspirar tu fragancia
 recobra mi fé constancia
 y en ilusiones me pierdo,
 mecido por el recuerdo
 venturoso de mi infancia!

¡Bien hayas rayo de luna
 que entre prismas de rocío
 vienes á ver mi fortuna,
 como en las noches de estío
 venias hasta mi cunial

¡La muerte rompió el encanto
 de mis sueños, y tras ellos
 segó mis placeres tanto!...

¡Recoge, luna, ¡mi llanto
 en uno de tus destellos!

Y al hañar la sepultura
 dó se encierran los despojos
 de cuanto amó mi ternura,
 derrama en tu lumbre pura
 las lágrimas de mis ojos

Galicia! Diez años há
 de tu suelo me alejé,
 llorando mis penas ya!
 El alma contenta está
 porque vuelve con su fé!

Lira de plácido son
 me diste. ¿No lo recuerdas?
 ¡Te llevé en mi corazon
 y sobróme inspiracion
 al pulsar sus áureas cuerdas!

No tildes el desaliño
 con que te habla mi cariño,
 si no olvidaste mi nombre.
 ¡Oye mis cantos de hombre,
 como mis cantos de niño!
 Niñas de rostro lozano,
 dadme una dulce sonrisa,
 que mi tránsito es liviano
 como murmullo de brisa,
 como nube de verano.

Y vosotros, los cantores
 de mi país, que venero,
 no me trateis con rigores
 si vengo osado, gilguero,
 á un coro de ruiséñores.

¡Cantemos hoy á porfia
 de sus campos la alegría,
 sus bosques, su mar, sus playas!
 ¡Bien hayas, Galicia mía!
 Galicia mía, bien hayas!

RICARDO PUENTE Y BRAÑAS.

Diciembre de 1866.

TRADICIONES FEUDALES DE GALICIA.

MACIAS EL ENAMORADO.

Aquesta lanza sin falla
jay coyado!
no me la dieron del muro,
ni la prisé yo en batalla,
mal pecado!
más viniendo á ti seguro
amore falso è perjuro,
me firió, è sin tardanza,
è fué tal á miña andanza
sin ventura!

I.

Favor por favor.

Era ya media noche.

El silencio más profundo reinaba en los salones del palacio de don Enrique de Villena, cuando los quedos pasos de una persona se oyeron cerca de la cámara del marqués.

Se hallaba éste sentado en un magnífico sofá forrado de raso negro, cuyo color contrastaba siniestramente con el de las colgaduras también negras que rodeaban el salón, dándole un aspecto tan lúnebre y tenebroso, que parecía el espacio una masa oscura y condensada, luchando con los amortiguados rayos de una lámpara de plata, que apenas describía un círculo de luz de tres varas de diámetro.

En medio de este conjunto imponente de oscuridad y silencio, la raquíta figura del marqués se destacaba en el fondo de la sala, como una sombra incrustada entre aquella misteriosa nube, percibiéndose muy poco su rostro pálido y desencajado por las vigiliás y el insomnio.

Don Enrique de Villena, marqués de este nombre, era uno de los más poderosos personajes de la corte de Castilla en el siglo XV; pero la mayor parte de las gentes de aquel tiempo huían de su vista porque le creían hechizado, y le citaban como el nigromántico más temible de la época.

Efectivamente, don Enrique era dado á la nigromancia y pasaba los días y las noches entregado enteramente á los ensayos de su ciencia, que entonces se miraba como un arte diabólico é infernal.

La noche á que nos referimos, acababa de venir de su aposento favorito, y yacía engolfado en un mar de pensamientos. Tiró de la campanilla y mandó á un page que se presentó, fuese inmediatamente á buscar á su escudero Hernan Perez de Vadillo. Después permaneció pensativo hasta sentir los pasos que anunciamos al principio de esta historia, y que originaba la llegada del hidalgo que deseaba ver.

—Siéntate aquí, Hernan Perez, dijo al recién llegado, y al mismo tiempo le hacía sitio en el mismo sofá en que él se hallaba.

El de Vadillo se sentó orgulloso de verse así tan distinguido por su señor, haciéndole al mismo tiempo una reverencia respetuosa.

—¿Sabes para lo que te llamo? preguntó.

—Decid...

—Hace un momento que Macías llegó á Andujar...

—Macías, señor!

—Si; trae la nueva de la muerte del maestro de Calatraba, y te llamo porque quiero á todo trance ser el jefe de esa órden.

—Yo creo que no habrá nada que os lo impida.

—¡Nada, Hernan Perez! ¿Te olvidas que soy casado, y que un casado no puede serlo?

—¿Pero olvidais también vos que hay bebidas que el que las prueba muere, y puñales que extinguen la vida de cualquiera?

—¡Oh! no lo olvido, no, porque para eso te mandé á buscar.

—A mil

—A ti. —Vas á hacerme un servicio, que compensaré con la gracia que más apetezcas: todo lo que quieras tendrás como cumplido, con la lealtad de siempre, el encargo que voy á darte.

—Continuad, D. Enrique.

—Quiero que ahora mismo entres en la habitación de doña María de Albornoz, mi esposa, y que con tu puñal destruyas esa barrera que se opone al logro de mis afanes.

—Señor, un asesinato!

—¿Y qué es un asesinato si por él tendrás á tu disposición al marqués más poderoso de Castilla?

En aquel momento el de Vadillo se acordó de Macías, y una alegría feroz animó sus lívidas facciones.

—Don Enrique, dijo, bien sabe Dios que sólo por complaceros cometeré semejante crimen.

Y en seguida, echando mano á la daga que pendía de su cintura, se dirigió á la cámara de la de Albornoz.

Un momento después, Hernan Perez de Vadillo se presentó ante el marqués más pálido que nunca, y horribilmente agitado.

Ambos se miraron sin hablarse.

En aquellas dos miradas había cierta expresión de temor é inteligencia, que hubiera impuesto al más sereno observador.

Silencio terrible.

Al cabo de este silencio una sonrisa incierta se dibujó en los labios del asesino de doña María de Albornoz; centellearon sus ojos de ansiedad fijándose en D. Enrique el hechicero, y se le acercó mostrándole un puñal ensangrentado y pronunciando con balbuciente voz:

—Marqués, hé aquí la sangre de vuestra esposa...

—Vadillo, qué!...

—Me habeis dicho que por esta muerte os tendría á mi disposición.

—Y bien... ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir, señor, dijo el hidalgo con visible agitación y mirando á todos lados como si le persiguiese alguna visión funesta; que si alguna vez un hombre tratase de destruir la felicidad de mi vida y vos fuérais dueño de la existencia de ese hombre, y yo os dijese que era necesario hacer con él lo que acabo de hacer con doña Blanca, me daríais vuestro permiso para...

—Te entiendo, Hernan Perez, favor por favor. ¿No es eso? —pues bien; te doy mi palabra de que cuando llegue ese instante, Macías irá á hacer compañía...

—Bien, perfectamente bien, señor; murmuró Vadillo con satánica alegría; me habeis entendido más de lo que esperaba.

Y volvió otra vez el mismo silencio.

En cada uno de nuestros personajes se podía leer el crimen que acababan de cometer: miradas perdidas y siniestras, inquietud continua y diabólica, un puñal ensangrentado en el suelo... Y todo esto á la moribunda luz de una lámpara, y todo esto entre paredes negras... cuadro infernal, en fin, sobre un fondo oscuro, imponente y aterrador.

Después, como si aquellas dos personas no tuvieran voz, se miraron mutuamente, se levantaron y desaparecieron como dos sombras, con dirección á la cámara de doña María de Albornoz.

¿Qué iban á hacer con el cadáver?

Lo que ignoró Andujar, la corte de Castilla y la

España entera, cuando se supo misteriosamente que la esposa del muy alto y poderoso marqués de Villena había perecido.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).

EN UN ALBUM.

Cortas en el jardín la rosa altiva
que sobre el tallo ostenta su color
y le arrancas el pétalo apagado
que el viento con su soplo marchitó.
Cuando busques del album en las hojas
tributos de amistades y de amor,
la que mi pluma mancha con mi nombre,
¡no la arranques por Dios!

VICTORINO NOVO Y GARCIA.

Madrid, 1874.

GALICIA PINTORESCA.

EL MONTE ALOYA.

(Apuntes del diario de un colegial).

Era el lunes, 27 de enero de 1868.

Se celebraba en Tuy y en los alrededores del monte *Aloya*, la fiesta de San Julian y 29 compañeros mártires.

—¿Sabes tú,—me preguntaba un querido compañero de colegio,—cómo podríamos honrar hoy solemnemente a San Julian?

—Yendo a la romería,—contesté.

Y sin más preparación, pedí y obtuve de los superiores el permiso para hacer el viaje. Me tocaba a mi representar en aquel día la venerable comunidad de jóvenes y niños, aprendices de sabios, y aprovechaba el turno para realizar uno de mis más vivos deseos: subir a la cumbre del monte *Aloya*, y contemplar cielo, tierra y agua desde aquellas alturas.

Sabia también que, si no se veía Vigo desde allí, se dominaba al menos su magnífica ría; y el ansia de aspirar el aura marítima de mi patria me impulsaba a la excursión:

Los demás colegiales aplaudieron la idea, y apenas refrigeradas las fuerzas en el antiguo refectorio de los franciscanos, hice vibrar la campana del claustro con el toque de llamada y tropa.

Ya colocada la flamante becada grana sobre los hombros, salimos del colegio en dirección a la popular romería.

El sol brillaba en un cielo sin nubes. La atmósfera estaba trasparente. La tarde tranquila. Todo convidaba a realizar el viaje.

Yo me regocijaba interiormente, anticipando el éxtasis que me proponía sentir una hora después, y caminaba en silencio.

—Llevarás mucha fé,—me decía mi concólega, el mejor de los amigos.

—Fé!...—murmuraba yo a media voz.—No tengo fé en San Julian. Creo que el celebrado mártir no ha existido, y si existió, creo que no ha venido a parar acá con sus huesos.

—Piensa que la Inquisición no ha muerto del todo, y aún le puede...

—Honrar tal vez,—interrumpí.

—¿Has leído a Ruinart?

—No dice palabra del Santo.

—¿Y a Florez?

—Asienta lo que yo, y no más.

—Y los Bolandos?

—Dedican unas líneas a los treinta mártires, que bajo el punto de vista histórico no significa nada.

—¿Has consultado el martirologio?

—Salvo error de memoria, consigna así el piadoso fasto: «En Africa, San Avito, mártir. Allí mismo, los santos mártires Dacio, Reatro y sus compañeros, que padecieron en la persecución de los vándalos. *Item, los santos Dativo, Juliano, Vicencio y otros veintisiete mártires.*»

—Ese testimonio...

—Vale lo que suena. Dando al *item* la importancia posible, tendríamos que Dativo, Juliano, Vicencio y compañeros mártires padecieron en Africa bajo el poder de los vándalos. Yo ensuentro bastante difícil que hayan sido trasladados sus huesos a este vericuetto del *Aloya*.

—Con lo cual ya concedes que existió San Julian y que fué mártir.

—Que no es poco conceder, repliqué. La tradición le supone vivo y muerto en Galicia. Dado lo primero, tuvo que ir a Africa en pos del martirio...

—Esa no es dificultad.

—Si lo es, porque estaban los vándalos en casa y no necesitaba buscarlos fuera. Dado lo segundo, miente el Martirologio, que lo supone muerto en Africa. Estas contradicciones me inclinan a negar asenso a la tradición, desposeída de fundamentos por otra parte y apoyada quizá en gratuitas creencias.

—Dicen que aún se conservan en la montaña restos de las viviendas de los mártires.

—Eso estudiaremos, porque me parece que será todo menos lo que se cree que es.

En estas agradables pláticas entreteníamos el tiempo, cuando observamos que ya íbamos fuera del radio de la ciudad, y nos acercábamos a *Pazos de Reis*.

A pesar de ser invierno, la naturaleza ostentaba su brillante copia de dones en aquella risueña comarca. Nuestras miradas vagaban de un punto a otro, y nos comunicábamos mutuamente el placer de la contemplación.

—*Pazos de Reis*, es una página de nuestro pasado. Aquí se alzó, siglo ha, el palacio de Wiliza. El labrador ignora quizá que su cabaña ocupa el mismo solar que el alcázar del godo.

—El nombre de la aldea puede dárselo a entender,—observó mi amigo.—*Pazo* en gallego significa *palacio*, y así deducirá que vive en *Palacios de Reyes*.

—Mira tú, pues, con cuanta razón igualó el lírico latino alcázares y cabañas. Todo vino a ser uno con el tiempo. ¡Qué crueldad, y qué filosofía!

Meditamos durante un rato, sin duda en las miserias humanas, hasta que la voz de nuestros compañeros nos llamó a su lado, del que insensiblemente nos apartábamos.

Haciendo rumbo á la izquierda, pasamos no lejos del rio *Pezequeiro*, que toma nombre del lugar que fecundiza.

—Otro recuerdo histórico. La nobleza de Galicia, reunida en *Pezequeiro*, elevó á Mariana de Austria la célebre representación que podíamos copiar en nuestros días. El tiempo en esto no hizo nada de nuevo. Galicia está tan mal como estaba á fines del siglo XVII ó poco ménos.

Mas, hé aquí que llegamos á la falda del monte. Con todo el fuego de la juventud acometemos la empresa. ¡Arriba!

Han transcurrido gratisimos momentos entregados á la admiración de la naturaleza y á los recuerdos de la historia. Al presente, no pensemos más que en subir una legua.

Eran las dos de la tarde, y las tardes de enero son de aprovechar.

A poco rato encontramos una cascada entre peñas. Mientras nos alcanzaban los rezagados, descansamos al pié del lecho espumoso de las hirvientes aguas.

En seguida la emprendimos á través de pinas unas veces y de eriales otras. Ya la senda se oscurecía entre moles inmensas de granito, ya volvía á exparcirse en dilatado campo de verdura. De cuando en cuando la tosca cruz de berroqueña nos aseguraba en el itinerario, como las antiguas miliarias romanas.

Muy poca gente veíamos á la par de nosotros ó en dirección encontrada. Y á la verdad, es un sacrificio la subida del Aloya. Por eso la romería es escasa de concurrencia. Los piadosos oyen misa en la capilla de la cumbre y se retiran al mediodía. La viva luz de la cima les hace más temerosos de las tinieblas del valle. La noche en la montaña es horrible.

No nos faltaba un guía; hijo de los vecinos lares, que hablaba más de lo que sabía, y sabía todo el legendario de la tierra.

Le escuchábamos sin atención, que sólo le prestábamos cumplida, cuando nos dirigía por yerros nunca ó rara vez hallados.

—Si quieren Vds, ver una piedra muy singular y las ruinas de los mártires (*sic*), haremos aquí un pequeño rodeo.

—Desde luego,-- contesté yo, que no deseaba otra cosa.

Bajaba entonces un grupo de aldeanos, entre los cuales se hacía notar uno lujosamente vestido, que traía á guisa de banda de gran cruz una enorme correa blanca, destinada al parecer á sujetar un síco que pendía vacío de su espalda.

Segun nuestro guía, aquel saco habia servido para llevar la imagen de San Julian desde la falda á la cima del monte.

—¿Pues no hay imagen siempre en la capilla?—pregunté.

—Diré á V.: hay generalmente dos. Una es de piedra, muy antigua y venerable, que es el *santo verdadero*. Otra es de madera, hecha há poco; pero los devotos no la quieren bien, porque la conocieron roble, y le llaman *el guardia civil*.

Una ruidosa carcajada acogió esta peregrina especie. El buen aldeano continuó imperturbable:

—Cuando se quiere que el tiempo varíe, se saca el *santo de piedra* en procesion de la capilla

á Tuy ó de Tuy á la capilla, segun donde se halle desde la última vez. Y como la subida al *Aloya* con el santo en andas, no es posible, se ideó el medio de llevarlo á cuestras en un saco como más fácil...

—Y reverente,—añadió mi amigo.

—¿Varia el tiempo en efecto cuando San Julian sale en rogativa?—curioscé yo con interés.

—No falta;—dijo con el mayor aplomo el sesudo montañés.

—Va á llover esta tarde para nuestra vuelta, porque el día es precioso y San Julian se movió...

El guía no repuso una sílaba.

Poco después sorprendimos, en un páramo, un surtidor natural rodeado de infinidad de guijas. Así debían de ser las fuentes del desierto que conmemora Moisés.

Paso tras paso,—que no de otra manera atravesó Anibal los Alpes,—nos hallamos al fin en frente de la piedra anunciada.

Eramos cinco á contemplarla, incluso el guía.

Nuestro primer movimiento fué de sorpresa. Figúrase un inmenso monólito de tanta longitud, que podía ser visto por todos nosotros formados en línea, ocupando él íntegra la paralela; de una latitud como la de un galeon por la popa; y de altura mayor que á la que se elevaban nuestras cabezas. Sobre esta masa granítica, descansaba otra que afectaba la forma oval, de parecidas dimensiones. Los dos megalitos constituían un monumento maravilloso por lo gigantesco. Se comprendía que la piedra superior habia sido colocada artificialmente sobre la inferior. Ambas eran lisas, y se inclinaban un tanto hácia el terreno descendente. Causaban admiración y miedo.

Cuando cual dijo lo que le pareció. Yo no habia visto jamás cosa semejante; pero por la lectura y el recuerdo de láminas de historia, comprendí que estábamos delante de un soberbio *dólmen* céltico.

La configuracion del terreno en que se elevaba, era la de un *castro*, algo alterado por las lluvias.

Desde aquella eminencia distinguimos lo que el guía señalaba en punto no lejano como las *ruinas de los mártires*, y las apreciamos como genuinos *menhires* de los hijos de Ery.

—¿Qué mundo de ideas se agolpó en nuestra frente! Toda una época de misteriosas grandezas resucitaba ante nosotros, en tanto contemplábamos absortos los seculares monumentos de nuestros ilustres aborígenes.

Entonces recordé como el nombre de *Tuy* acusaba la etimología céltica de *Tuid*, pueblo. Entonces recordé las analogías que existían entre luminarias de San Juan en la época moderna y las del solsticio de verano en la antigua; entre el *aguinaldo* de nuestros tiempos y el *aguein-cihit* (*el trigo germina*), grito ó saludo de ventura y bendicion de la raza ariana.

Tambien suscité el recuerdo de la ciudad al pié del monte en lejanos siglos, y el de la costumbre cristiana de érigir iglesias donde quiere que el antiguo culto tenia manifestacion especial.

—¿Quién sabe,—añadia yo,—si este *dólmen* es el túmulo del patriarca celta que fundó á Tuy! ¿Quién sabe si los primeros creyentes del país le-

vantaron el ara cristiana para borrar la memoria del sacrificio druídico aquí realizado!.

Por la copia del diario,
TEODOSIO VESTEIRO TORRES.

(Se concluirá.)

A AURELIO AGUIRRE.

(Día de difuntos.)

Una atmósfera de vida
del cementerio se exhala...
la huesa más escondida
tiene una luz encendida...
¡Los muertos están de gala!

Cada lápida, adornada
se ostenta, cual preparada
para una fiesta de bodas;
flores, versos lucen todas,
¡sólo en la tuya no hay nada!

Y entre tanto van inciertos
por los campos santos yertos
los hombres, que el polvo exploran
para saber como lloran
los vivos sobre los muertos.

¡Aurelio! esa turba fría,
sedienta de cualquier goce,
á quien encantaste un día
vivo, no te comprendía,
cadáver, no te conoce.

Gloria postuma...! ¡locura!
sólo un juglar pasajero
se acerca á tu sepultura
á decirte con ternura:
¡descansa en paz, compañero!

ALFREDO VICENTI,

Santiago—2 de noviembre de 1874.

GALICIA ARQUEOLÓGICA.

EL CASTILLO DE MONFORTE DE LEMOS.

VI.

Postigo de la Falagueira.

A unos 150 metros de la puerta del Sur en dirección Este, vemos una abertura practicada en la muralla con esa palanca que ayuda á los siglos á borrar de la tierra las obras de los hombres, por más que el Tiempo no pide fuerzas humanas para oscurecer las ruinas; lo que pide son ideas que se eleven á la conciencia de los pueblos y comprendan estos que en su misma soberanía esta la fuerza destructora de todo signo representativo, del orgullo y del privilegio á cuya sombra se cobijan los poderosos del mundo.

En estos muros han quedado, sin embargo, vestigios bastantes para comprender que en el punto que señalamos hubo cuando ménos un paso

para los transeúntes á pié. Hay unos cuantos sillares de granito que revelan por su labra, por su colocación y por sus dimensiones haber pertenecido á una de las jambas de este postigo, cuyo vano devió esceder de metro y medio de luz y tres de altura si hemos de juzgar por el espacio que se halla desmoronada y que sirve hoy de paso á los vecinos de algunas casas inmediatas, á los propietarios de algunas fincas rústicas y á los que quieren cruzar caminos y senderos ahorrándose distancias y rodeos.

La piedra de grano para las obras de Monforte se explota en la actualidad en las canteras de Sober, distantes unos doce kilómetros de esta Villa, y la pizarra viene de los montes de Rivasaltas, que es la más cercana y se halla á seis kilómetros cuyos transportes hacen subir la unidad de obra á un precio que no está al alcance de todas las fortunas. Razon por la que se aprecian estos materiales y se han buscado entre estas ruinas cuando la impunidad cubría el egoísmo de los interesados en su aprovechamiento. La sillería que nos pone de manifiesto la obra de que tratamos, y subsiste en nuestros días, se debe seguramente á estar sirviendo de cierre á una posesión particular y el celo del propietario desviaría la palanqueta, empleada constantemente en separar las piedras útiles para otras construcciones.

Entrando por el postigo que describimos, hay un callejón subiendo en terreno desigual que comunica á poca distancia con la calle de la Falagueira y á la vez sale á la antigua plaza de las Ollas, que es un campo á media ladera abandonado como terreno árido y pizarroso, sin aprovechamiento alguno, ya por el sitio que ocupa, ya por su distancia y altura respecto á la nueva población.

A la derecha y muy inmediato á esta obra, entre la calle citada y la muralla, está el solar de un convento de monjas que ha sido derribado y es ahora una finca dedicada al cultivo. A la izquierda hay unas casas que conservan el primitivo carácter de las construcciones urbanas de aquella época en que la Villa estaba dentro del recinto de la fortaleza. Las puertas muy bajas, las ventanas cuadradas y de poca luz, los ladrillos llenando los huecos entre los puntales de madera, recuerdan el gusto de aquellos moradores.

Sobre la misma muralla, que tendrá de altura unos 14 metros por la parte exterior del recinto, y cerca de estas casas, se apoya un lienzo de pared de una de ellas que consta de dos pisos siguiendo la línea del paramento vertical de los antiguos muros, y presentando así una fachada de unos 20 metros de elevación. No es precisamente esta altura la que llama la atención del viajero, en el aspecto general de este edificio caprichoso cuyo cimiento y cuyo zócalo es la muralla del castillo, y el resto se compone de un tabique de ladrillo entre cuadrículas de madera con ventanas desvenecijadas, terminando aquel en un alero sencillísimo y todo rebestido de alto á bajo por un zarzal gigantesco, tapizado de yedra, que se ramifica extensamente, como se ramifica el mal cuando este no se corrige;—yedra que penetra por todas las rendijas de los muros y por las ventanas de esta casa desmantelada, robando hasta la luz de unas habitaciones en donde sólo se alberga un desgraciado tan lleno de ilusiones y de recuerdos, como falto de juicio y de fortuna: ¡Pobre loco!

Esto dicho, y no teniendo más particularidades con que enriquecer este pobre diseño, pasemos á otro postigo que se halla en la parte norte del castillo y el último que podemos describir; porque si algunas puertas más ha tenido esta fortaleza, hoy no existen, ni las antiguas calzadas lo indican.

VII.

Postigo de los Hidalgos.

Inmediato á una de las torres de la muralla de

que luego nos ocuparemos, y formando parte de la pequeña ciudadela en donde se levanta el soberbio castillo del homenaje, se halla este postigo tapizado completamente é incrustado en los mismos muros de defensa, aunque distinguiéndose desde luego y á lo lejos por su forma y clase de obra. Hiladas de sillera recta y dovelas aplantilladas de granito limitan un vano de 80 centímetros de luz por 2 metros de altura; el espesor es de metro y medio igual al del macizo en que se empotra.

El murete que tapió este postigo no llega al esconce ú oblicuidad que se dá á los muros en donde hay puertas ó ventanas que se separan de la normal á sus paramentos, haciendo más cómoda y espaciosa la entrada. Así las ojas de madera pueden aplicarse contra los lados que se ensanchan á estilo de los capialzados que aumentan la luz en las grandes catedrales, ó en los grandes calabozos sin dar á estas aberturas más proporciones que las que exige la solidez de los edificios para el mayor derrame ó difusión de la luz, y esta circunstancia permite ver perfectamente conservadas las huellas de puerta como el primer día que se construyeron.

El postigo de los Hidalgos debió ser exclusivamente del servicio de los hombres de armas vigilantes de esta fortaleza, pues no tiene otra comunicacion que la del mencionado castillo del homenaje. Los escombros de la muralla por el interior han elevado el suelo del terreno hasta los arranques del arco de medio punto en que termina dicha obra. Por el exterior del muro, la línea de tierra está algo más baja que la solera del postigo y para llegar á ella sin rodeos hay una pendiente de un 80 por 100, sin caminos ni sendas fáciles en aquella altura elevadísima sobre la planicie del valle.

El tramo de muralla en que se halla este paso, conserve, á la altura regular de un piso, dos ventanas de 80 centímetros en cuadro y un tragaluz de menores dimensiones. Las soleras, jambas y dinteles de estos vanos son también de sillera de granito y en el centro y superficie exterior de estos dinteles, abriendo caja con el pico, quedó marcada una cruz imperfecta faltándole el brazo superior para ser latina.

La cruz que llama nuestra curiosidad debe pertenecer á la órden de los Temp'arios, ya por su forma característica, ya por otros signos que nos legaron estos caballeros del Temple en monumentos que subsisten aún en este país y que pertenecieron á aquella antigua institucion. Este mismo signo figura igualmente en el escudo de armas de la villa de Monforte, y es conocido por un nombre que recordamos haber leído algunas veces en la historia. El *Tao* llaman á esta cruz que ha quedado señalada en muchas piedras del castillo.

El muro de este postigo de los Hidalgos, conserva en su coronacion algunas almenas y aspilleras, y el conjunto indica habersido un edificio que pudo servir ya de hospital de sangre, ya de cárcel para los mismos hidalgos, ó para viviendas de los defensores de esta ciudadela.

VIII.

Torres del Castillo.

Flanqueando los lienzos de la muralla subsisten en pié, aunque deterioradas por los hombres y por los siglos, cinco torres cuadradas formando parte del perimetro que constituyen estos muros, además de los torreones que defienden las puertas principales.

Todas las torres son de un mismo modelo y de igual construccion. Uno de sus lados, cuya longitud es de siete metros, sigue la línea general del polígono;

otros dos se adelantan á ángulo recto y dominan por completo el terreno de una á otra torre situadas convenientemente para que las fechas pudiesen cruzarse en su distancia media; y el último lado, paralelo al primero, guarda el frente de la fortaleza. La altura de estas obras varia segun su importancia y situacion; las más elevadas llegan á 15 metros, bien construidas de mamposteria ordinaria con mortero, y sus ángulos, á hiladas de sillera recta. Por el interior de estos castilletes se notan las líneas divisorias de sus diferentes pisos, y á sus alturas correspondientes, vemos luces cuadradas, tragaluces rectangulares y aspilleras practicadas como las de las almenas en sillares de granito y en la misma línea vertical del centro.

La forma de las aspilleras en los paramentos, es un rectángulo de diez centímetros de luz, y algunas pasan de esta dimension por 40 centímetros de altura, terminando en la parte inferior por un arco de círculo cuyo diámetro es de treinta centímetros, de que carecen las que se ven con profusion en aque los tramos de muralla que han podido conservarse á la altura de sus almenas. Dicho arco circular parece más bien construido para arcaluces ó cañones proporcionados á aquella dimension, que para arcos y flechas y otra clase de arma blanca aunque esta suposicion sea bastante aventurada.

Antes de ser conocida la pólvora habia un arma de tiro en figura de gavilan que se llamaba *mosquete*, y era bautizada con este nombre por el insinto de aquella ave á cazar moscas. Conocido este cañon de mano en 1378, atravesaba las corazas á 300 pasos y disparaba balas de dos onzas.

En la época que se construyeron ó reformaron las torres de este castillo debia ser conocida la pólvora aunque no tuviese entonces grande aplicacion. Los españoles hemos hecho uso de la artilleria en 1343 y cinco años ántes, ya la habian empleados los franceses.

Detallemos ahora algo estas mismas obras, aunque no sea más que indicar su situacion en las murallas.

JOSÉ M. HERMIDA.

(Se continuará).

AL TIEMPO.

Si soy en tu sér,
claro está que eres
mi Sér Supremo.

Giran los astros en el espacio,
todo se *mueve* por donde quier:
tú siempre *inmóvil* en todas partes,
tú siempre *inmóvil*, Supremo Sér.

Luces y sombras, rios y mares,
flores y aves... cuanto *sér* vi...
y astros opacos y luminosos,
cuanto *és* ¡oh, Tiempo! todo *és* en tí!

Indivisible sér poderoso,
siempre perfecto, siempre inmortal,
eres espíritu de todo espíritu,
sér de los séres, sér siempre *igual*.

Tú eres la vida, tú eres la muerte
de cuanto encierra la creacion;
todo lo creas, todo lo *harras*,
accion interna de toda accion.

A ti, sér único, que estás en todo,
pues nada existe sin tu bondad;
á ti el aroma del alma mía,
en todo trance te invocará.

Sér increado, que todo creas,
hasta los muertos viven en ti:
Platon, Homero, Jesús, Descartes,
Newton, Cervantes, l'ante, Leibnitz!

Presente en todo, sér infinito,
presente en todo tu inmensidad,
nadie en tí créa, cuando eres todo;
nadie te encuentra ¡y en todo estás!

Si toda vida vive en tu vida,
si al fin, ¡oh Tiempo! soy en tu ser,
tu serás siempre mi Sér Supremo,
vivo, latente, por donde quier.

Si ántes de ahora tuve otra vida,
claro es ¡oh, Tiempo! que en tu sér fuí;
como hoy en ésta, como mañana
seré en la eterna también en tí!

Porque de cuanto sea y respire
tu fuiste, eres, serás el sér,
sin que potencia mayor alguna
pueda á la tuya nada oponer.

Sér de mi vida, sér de los séres
siempre adorado, siempre por mí:
no hay sér más grande que tu grandeza;
tu lo eres todo y todo es en tí!

E. VICENTO.

1870.

SEMBLANZAS GALAICAS CONTEMPORÁNEAS.

DON EDUARDO PONDAL.

El Sr. Pondal es uno de los más distinguidos entre nuestros poetas contemporáneos.

El lenguaje correcto, fácil y castizo de sus composiciones, en las que descuellan el gusto y el colorido de los autores clásicos, que han llegado á parecer exóticos en nuestros días, bastaría para hacerle digno de ocupar uno de los primeros lugares entre los anteriormente citados.

Si algun defecto puede achacársele, es, sin duda, la anarquía de la inspiración, el cambio repentino de metros en que suele incurrir, porque no siempre puede sujetar las efusiones espontáneas de su corazón á la turquesa del arte, ni á los preceptos rígidos de la crítica.

Exerzándose por ser más correcto en esta parte, tal vez cayera en la trivialidad.

Pero aunque esto no fuera, sus giros pintorescos y sus fáciles y serenos versos, bastarían para disculpar esos ligeros defectos, que no dañan la sublimidad de la idea, ni la valentía de la expresión; mucho más, cuando el Sr. Pondal tiene también excelentes modelos de armonía, como algunas escenas de una producción titulada *Batallas del co-*

razón, en la cual pocas cosas nos ha dicho como aquello de

ver á su empuje el piélago bravo
sus pardas crines convertir en nieve,
versos que descuellan tanto como por su novedad,
por su magnífica estructura.

En la misma producción á que nos referimos, debe notarse aquella conclusión de un gusto tan clásico como excelente:

al tigre hagan dormir los cantos míos,
mover los montes y parar los ríos.

Otra composición titulada *Predad* encierra tesoro de poesía y sentimiento.

La ordenada y económica distribución de los pensamientos y las imágenes, la osadía de los giros y la fluidez del ritmo, revelan la pluma diestra y amaestrada del poeta.

El cuadro es sublime desde la primera estrofa, desde el primer verso.

¡Lástima que en algunas de las octavas intermedias se advierta languidez y poco esmero en la versificación; pero el descuido es de pocos momentos, y las últimas estancias descubren la misma inspiración tierna y apasionada, la propia corrección que campean en los primeros versos.

Si el Sr. Pondal, siéndole tan fácil se propusiera corregir esos ligeros deslices, esta composición sería una de las más acabadas y preciosas joyas de nuestra literatura contemporánea.

La *Epístola* á D. Luis Rodríguez Seoane, es un bellissimo modelo. es una brillante combinación de elegancia y sensibilidad, donde resaltan unidas la belleza de las formas y la osadía del pensamiento.

En ella respira una firme certidumbre del glorioso triunfo que está reservado á la eterna lucha de la humanidad en el tiempo y en el espacio.

La idea constante del poeta es que

No ha dado Dios al hombre el signo aleve
de batallar sin fruto en el vacío.
como al cobarde insecto que se mueve
eternamente sobre el haz del río.

Valiente y original es el modo de expresar su sentimiento:

La humanidad avanza: lo pregonan
con su alta magestad el firmamento
y los astros de luz que lo coronan.
con su batalla eterna el pensamiento.

La fé de su entusiasmo, la tranquilidad del creyente se encuentra descrita cuando dice:

valiente
sobre las roncadas ondas vacilando,
lleva un rayo de fé sobre la frente
al porvenir la vista enderezando.

Tarea interminable sería el notar todas las bellezas que encierra esta epístola. Cada vez encontramos en ella nuevos rasgos que imitar, nuevos venenos de inspiración y sentimiento.

Aquí es donde debemos estudiar al Sr. Pondal, porque en ella ha vertido con profusión las emanaciones fragantes de su alma; por eso, aparte de la sensación que produce el exámen de una obra bien hecha, despierta en el ánimo un sentimiento mezclado de veneración y cariño hácia su autor.

La oda *Al mar Cantabro*, revela un conocimiento exquisito de la armonía y los sueros del lenguaje.

Los primeros versos están imitados con primor

de los del Sr. Quintana al mismo asunto. En los sucesivos aparece más original é independiente; pero sujeto siempre á los preceptos de la escuela clásica, en que ha sido educado.

En esta oda abundan los rasgos de valentía que caracterizan á las obras del poeta.

Una mujer dirigiendo sus palabras á las nubes, á las flores, á las aves, descubre los tesoros de bondad, candor y ternura que abriga su corazón, dispuesto para los afectos más tiernos y culminantes y basta para conmovernos.

Un poeta, por el contrario, necesita acentos vigorosos y enérgicos, concertados con su organización esencialmente psicológica, para que sus obras exciten la admiración y merezcan el aprecio de las generaciones.

Por eso Homero, poeta de más brío, si bien menos culto que Virgilio, ocupa un puesto más elevado que él en la historia del género humano.

El Sr. Pondal posee esa valentía de afectos que disculpa en el poeta alguno que otro rasgo de desaliño, defecto en que fácilmente puede dar, porque sus obras no son hijas del arte:—el génio es quien le inspira.

En otra composición de flexibles y elegantes formas, titulada *Vas á la aldea*, resalta ese mismo tono mezclado de dignidad y apacible sencillez que tanto admiramos en las obras titánicas del talento.

En ella graba un recuerdo de las costumbres del país en que osciló su cuna, cuando exclama:

La ermita vas á ver triste y sombría
sobre la cumbre audaz de las montañas,
que en la campestre, inquieta romería,
el suelo la tapizan de espadañas.

No es menos bella la siguiente estrofa:

La iglesia de Geron en cuya pila
ha vertido la lágrima primera
mi madre, estremeciendo la pupila
al venir á esta vida pasajera.

Otra producción escrita en versos endecasílabos describe el horrendo peso de *Un pensamiento*,

Siempre lo mismo, vivo, formidable,

Más adelante nos descubre él mismo los secretos de su corazón, porque el poeta canta para cumplir la ley de su existencia, sin preocuparse de si sus cantares se perderán en los aires, ó irán á resonar en el fondo de otros corazones tiernos y sensibles.

La imagen de una mujer hermosa, aparece más bella ataviada con las galas de su génio:

Del color de las noches el cabello
cubrir avaro la gentil espada:
enano el pié lanzar vivo destello
entre el crespon de la revuelta falda.

Además de todas las que dejamos citadas, el Sr. Pondal ha escrito otras muchas y preciosas composiciones poéticas, y se ocupa, según tenemos entendido, en escribir un poema en honor del inmortal Colón, propio seguramente de la grandeza del asunto y de las privilegiadas dotes de su autor.

Entre las producciones líricas á que hemos aludido, merece muy especial mención una titulada *A campana d' Allons*, digna sin la menor duda de una extraordinaria popularidad que ha alcanzado en Galicia.

El asunto, de suyo poético, podría creerse agotado por la famosa oda de Schiller y las muchísimas

imitaciones que se han hecho de ella; pero el poeta gallego ha conseguido huir de la imitación, y dar á su canto toda la novedad y la frescura que es dado exigir á la crítica más severa.

Esta bellísima inspiración, llena de sentimiento y de ternura, está escrita en el dulce y armonioso dialecto del país, compartiendo con las dos, no menos hermosas, del malogrado Camino, *O desconso-lo y Nai chorosa*, la gloria de haber abierto de nuevo el templo de las musas al habla de Alfonso el Sabio y de Sarmiento.

Todo nos prueba que el Sr. Pondal posee una organización dotada de exquisita sensibilidad, un alma dispuesta para las inspiraciones más delicadas y un génio fecundo bastante para crearse la más vigorosa originalidad.

Trabajo interminable sería el proseguir al examen analítico de todas sus obras, pero si no conociéramos más que las ya citadas, bastarían á descubrirnos el brillante porvenir que le está reservado para eterno lustre de la juventud gallega, que si aventaja á la de otras provincias en la laboriosidad y modestia, no le cede tampoco en virtud, en ciencia, ni en vigor intelectual.

LEANDRO DE SARALEGUI Y MEDINA.

(Galicia y sus poetas—1871).

SIEMPRE.

Lloré: cuando en el pecho yerto y seco
no quedó ni una lágrima.
«Seré feliz.—me dije;—con mi llanto
se evaporaron mis finales ansias.»

Declinaba la tarde... limpio el cielo
trasparente la atmósfera brillaba...
Ah! yo senti... senti que el sentimiento
no se seca en el fuego de las lágrimas!

CLARA CORRAL.

Santiago—1874.

LA BARONESA DE FRIGE.

XIV,

En los Fornos.

Por más que se intentára demostrarme lo contrario, siempre seguiré creyendo que no somos nada en el mundo sino el resultado de nuestras impresiones físico-morales. Llevamos en nosotros mismos el germen del bien y del mal, y el bien y el mal se desarrollan según los estímulos que indistintamente lo excitan. Somos hijos de nuestras impresiones, y las impresiones determinan nuestro carácter y nuestras acciones. El hombre ó la mujer—es indiferente al sexo—son buenos ó malos según las circunstancias que los rodean ó las impresiones que reciben: podrá haber excepciones, pero serán insignificantes para

destruir esta creencia, ó más bien axioma psicológico. Es una gran verdad que las sensaciones influyen en los nervios, los nervios encaminan el carácter y el carácter se manifiesta exteriormente en síntomas ó acciones: la sensación física de la sed—por ejemplo,—meditad cuanto queráis para corregirla sin saciarla, y será en vano;—y á este tenor, la sensación moral de la sed del amor, meditad cuanto queráis para suavizarla sin saciarla, y también será en vano, porque la sensación os dominará apoderándose completamente del organismo, si os halláis á solas con la muger deseada.

Tal era, pues, mi estado psicológico en aquellos momentos que mis nervios no vibraban sino á impulsos de los deseos locos que se apoderaron de mi contacto de aquella muger adorable. Sólo allí los dos bajo el inmenso pabellón del cielo, yo no respiraba otro aliento que su aliento perfumado, yo no veía otra luz que la encendida luz de sus ojos negros, irradiando vividos y centellantes sobre los míos.

Pero en aquel momento delicioso, cuando ella lánguida y amante se abandonaba á mis transportes de amor con toda esa voluptuosidad que no puede explicarse; cuando ella vencida al fin, y arrebatada por la misma delectación que me poseía, suspiraba trémula y ardiente de placer., sentí dentro de mí, en los senos del alma, como un frío intenso que no podía comprender.

Me pasaba lo que nunca me había pasado!

Semejante al hidrófobo que corre desolado en pos del agua, y llega junto á ella, y la ve correr á sus piés purísima y cristalina, y en vano pugna por inclinarse sobre la corriente para apagar su sed porque otro impulso nervioso se lo impide;—así yo, besando, adorando las formas angélicas de aquella muger encantadora que estrechaba entre mis brazos delirante, en vano me sentía hombre en la acepción física de la frase.

¿Qué era lo que pasaba por mí? ¿A qué obedecía semejante estado de enervación, cuando la virilidad de mi organismo no había decaído jamás, ni aun en las mayores enfermidades que tuviera? ¿Por qué circunstancias fisiológicas mi organismo no respondía á mi pensamiento cuando mi pensamiento era todo luz de fuego sensual? ¿Por qué semejante contrariedad física en aquellos momentos supremos? ¿Qué! acaso ya se habían roto para mí todos los lazos que unen al espíritu y al cuerpo, —y esa afinidad fisiológica, ese fluido magnético que constituye la identidad de nuestro ser antropológicamente, se había evaporizado para siempre? ¿Qué era lo que me pasaba, Dios mío! ¿Qué gran vergüenza para mí, hombre! y que horrible vergüenza para ella, muger! —Yo casi vislumbraba la razón de aquel enervamiento insólito, atribuyéndolo al vértigo de voluptuosidad que me abrasaba y en particular á mi insomnio sensual la noche última; pero ¿á qué lo atribuiría Piedad? Ah! tal vez lo atribuiría á un desencanto íntimo repentino, producido en mí por el servir algo repugnante en ella, cuando no podía darse una muger más bien formada, ni más bella, ni más excitante, ni más adorable.

Bajo el fuego ardiente de sus ojos, y embriagándome más y más en el delicioso azúcar de su boca, yo escondía la frente en las frías y palpitantes rosas de su pecho, —y la escondía avergonzado de mi impotencia, pues no sabía que hacer de mí, en aquellos instantes críticos en que la baronesa se abandonaba completamente á mi amor, y me entregaba su cuerpo y su alma!

¿Puede darse situación más grata y dolorosa á la vez?

Llegó un momento en que Piedad, como si la dominara un delirio de que no tenía conciencia, no es-

peraba á que yo la besara para besarme ella, ardiente, arrebatada, loca!... —pero la *disgenesia*, como diría un médico, me trasformaba completamente en un ser, sobre *inútil*, ridículo. Aquella muger me hacía tanta ilusión, como dicen los franceses, que de tanta me inutilizaba.

Yo sólo podía *corresponder* á los suspiros de la baronesa con suspiros, á sus miradas con miradas, á sus palpitaciones con palpitaciones, á su ardor febril con mi ardor febril, en fin,—pero nada más. Allí la tenía, allí, en mis brazos, hermosa, celestial, embriagadora, calenturienta, suspirando de amor; pero tan pura como si yo no la abrazara nunca. Pobre muger! Temblaba todo su cuerpo con fuertes sacudidas, le oprimía una respiración anhelante y la razón la abandonaba por instantes.

Yo tenía esperanzas, aunque muy ténues, de dominar aquella disgenesia accidental, y poder *ser hombre* en la acepción hermosa de la frase. Besaba y besaba con todo el ímpetu de la fiebre lividiosa; aquella bellísima criatura exclusivamente modelada para el placer; la envolvía en corrientes de besos y de suspiros como ella me envolvía á mí en su locura; la estrechaba voluptuosamente contra mi seno amante; y... que sé yo lo que hacía, Dios mío; —pero embotada mi sensibilidad, yo veía girar á mi alrededor las plantas, los peñascos y las olas, y no era otra cosa que un cadáver galvanizado, sin vigor, sin virilidad alguna, como si de repente me trasformara en un anciano de ochenta años.

Tras pasado de dolor, abochornado de mi propia naturaleza, sentí que dos lágrimas se asomaban á mis párpados... pero Piedad no las vió porque las enjuagué rápidamente con el pañuelo.

Aquellas lágrimas eran el lenguaje de mi cuerpo que le decía á mi alma que ya no podía *sufrir* más, ó eran el lenguaje de mi alma que demandaba compasión á Dios? Ah! yo creo que aquellas lágrimas pertenecían más á mi alma que á mi cuerpo, pues en circunstancias supremas las lágrimas son la sangre del alma!

En el sombrío torbellino que nos arrebatava á los dos en distinto sentido, noté que los ojos de Piedad se cerraron de pronto, oscilando hasta mostrarme todo su jazmín mate; sus brazos se aflojaron con cierta laxitud significativa, y se abandonó lánguida del todo sobre mi pecho como si una delectación dulcísima trasportara su alma.

Breves momentos después recobró los sentidos, —y me dijo con voz tierna, entrecortada por la emoción:

—Basta... no más... basta ¿no es verdad, señor German?

Yo no le contesté sino con suspiros.

—Estubimos locos ¿no es verdad, señor German? —prosiguió.—Es preciso que no nos acordemos más de este... ¿Me dá V. palabra de olvidarlo todo, señor German?

—Qué me puede V. pedir—suspiré—que yo no haga!

Un débil rubor sonrojó las mejillas de Piedad, me puso la mano en la boca delicadamente, y yo se la besé como en señal de juramento. En seguida se levantó, arregló el desorden de sus cabellos y de su traje, y me dijo:

—Embarquémonos: no quiero ver más de las furnas.

Y se dirigió hácia el bote.

Yo la seguí, temblando aún de amor.

Entramos á el bote, izamos la vela, y nos dirigimos á Queiroso, donde el señor de Mouselan nos tenía preparada una comida espléndida.

XV.

La gran escena.

En la dulce melancolía que se apoderara de mí, yo me hallaba sumamente abstraído, ansioso de una aclaración íntima. La disgenesia que acababa de sentir por primera vez en la vida ¿sería accidental ó permanente? ¿Habría perdido para siempre mi vigor varonil ó sólo aquel accidente era resultado de la sed sensual que me consumiera la noche antes? Esta duda me taladraba el cráneo, y deseaba por momentos llegar á Frige y ver de noche á la señora Berta, para salir de una vez de aquella incertidumbre horrible.

Pero hé aquí que esta prueba — que yo consideraba lo más natural del mundo, más lógica en fin que consultarlo con el más sábio doctor, — fué causa de la mayor de las desgracias, de la desgracia que lloro y lloraré toda mi vida.

Se ocultaba el sol en aquellos mares del oeste, cuando nos levantamos de la mesa del señor de Mesetan, — y seguidamente montamos á caballo la baronesa y yo, — y nos dirigimos á Santa Leopadia de Frige.

Ambos íbamos tan preocupados, que apenas cambiamos algunas palabras.

Piedad iba sumamente concentrada en sí misma, y en una concentración espiritual tan deliciosa, que le hubiera molestado todo lo que no se refiriera á los dos. Era evidente que me amaba sin poderse dar cuenta de aquel amor que sentía, y que luchaba con la contrariedad de nuestras respectivas posiciones. Por qué causas había nacido aquel amor en su pecho, por qué causas había estallado como el rayo en él, y por qué causas la colocaba á mis plantas, cosas eran que no podía ella analizar detenidamente: diríase que se extasiaba á la sola idea de intentarlo y que se entregaba á aquel éxtasis ó ensueño arrebatador.

Cuando penetramos en el palacio de Frige, empezaban á caer las primeras sombras de la noche, luchando débilmente con los argentados rayos de la luna. La baronesa se dirigió á su cámara rectamente; — y al traspasar la puerta de ella, cuando nadie de la servidumbre nos veía, noté que, como en despedida, me dirigió una mirada dulcísima que encerraba un mundo de misterios y de amor.

Yo subí apresuradamente á mi gabinete, llamé á *Picere* — muchachuelo muy listo que teníamos en la hacienda, — y le di el encargo de que fuera á ver á la señora Berta y le digera reservadamente de mi parte que la esperaba en mi gabinete.

Cuando salió *Picere* (1) en busca del ama del abad, yo quedé contando los instantes que tardaba en volver con la biblia. Eva: tal era mi ansiedad: no pensaba entonces en otra cosa que en dar solución al problema de mi disgenesia.

En este estado, hicieron mis oídos los acordes del piano de la baronesa. Tocaba una fantasía sobre motivos del *Carnaval en Venecia*, — y esto me daba la medida del estado de su alma. Piedad era felicísima en aquellos momentos: estaba loca de felicidad, y esta felicidad íntima traspiraba en los calaverescos motivos de la fantasía en que parecía bañarse su espíritu como en un perfume vigoroso de armonía. No contenta con arrancar torrentes de preciosas melodías al piano, Piedad empezó á dar su voz al viento haciendo *fioriture* como la mejor cantante: es indudable que no hay inspiración sin amor, y que el amor

es el genio de los géneos: amar es sentir, y sentir es vivir.

Apareció *Picere*, pero solo. La señora Berta no podía venir, porque temía... Despaché nuevamente á *Picere* con encargo de decir al ama del abad que, para salir de la rectoría, fingiera que iba á ver á alguna amiga enferma.

Piedad dejó de cantar y de tocar en aquellos instantes, asomándose á la ventana de su gabinete, abierta de par en par para recibir la luz de la luna y la frescura de la noche. Después se volvió al piano, y volvió á asomarse á la ventana. Aquella agitación que la poseía, demostraba, como dice el vulgo, que *no cabía en sí* de dichosa.

Apareció por fin la señora Berta en el dintel de la puerta de mi gabinete, y yo la interné rápidamente en él, cerrando las hojas interiormente.

Acababa apenas de empezar á hablar con la señora Berta, ponderándola mi amor loco, y que estaba resuelto á casarme con ella, y vivir ámbos sumamente felices en Arzúa, cuando me hizo una impresión dolorosa el sentir que Piedad volvía al piano y que ya no tocaba ni cantaba sobre motivos del Carnaval en Venecia, sino que tocaba y cantaba sobre motivos del *Último pensamiento de Wéber*.

¿Por qué aquel cambio singular de la locura á la tristeza? ¿A qué obedecía aquel cambio de impresiones en el alma de Piedad, transmitido por la música y por su voz? ¿Había visto entrar á la señora Berta? y en ese caso ¿sospechaba tal vez de ella? Pero ¿cómo la baronesa, tan alta, tan alta ¿podía sospechar de una mujer tan baja?

Dominé aquellas sensaciones, favoreciéndome mucho para ello el afán que me cegaba respecto á la disgenesia, y no volví á preocuparme más del último pensamiento de Wéber, esto es, de su música melancólica y de la voz trágica de la baronesa, — tan triste que parecía el canto de una alondra herida.

Hallábase ya la señora Berta en mis brazos, y cesó el canto y el piano.

Mi dicha, pues, empezaba á ser completa, sin nube alguna de temor que la asombrara; — y lo fué tanto más cuanto que la disgenesia desapareció con el ama del abad. Ah! entonces, en el colmo de mi satisfacción moral, mi primer pensamiento fué para Piedad, prometiéndome hacerla esposa mía y hacerla la más feliz del universo en mis brazos.

Pero ¡ay! cuando me lisonjaba de tanta ventura como soñaba, sonaron dos golpes á la puerta de mi gabinete, y yo me quedé helado de espanto, temiendo que fuera la baronesa misma.

En efecto:

— Señor German — murmuró Piedad — ¿está V. encerrado?

Un cañonazo á mi lado, el desplome repentino del palacio, no me hubiera hecho la impresión terrible que me hizo aquella voz triste y amante. Era la voz de la trompeta fatal llamándome á juicio: era el eco pavoroso de las tumbas que repercutía en los senos desolados de mi alma.

¿Qué hacer? N. garme — y á Piedad imposible!

¿Qué hacer, Dios mío, en aquel instante cruel? Con el semblante descompuesto y los cabellos erizados de terror, me arrojé de mi lecho como un autómatas, me dirigí á la puerta, y abrí.

La baronesa me tendió la mano, pero con una sonrisa siniestra.

— Señor German — me dijo, como la noche está deliciosa, yo venía á buscar á V. para que me acompañara á dar un paseo por la terraza.

— Con mucho gusto...! — exclamé, presentándole el brazo para salir de mi gabinete.

— No; — interrumpió Piedad — ahora ya desisto.

(1) *Picere* en gallego quiere decir ave sin pluma, que sale del huevo.

Al ver que estaba V. encerrado, debo comprender que V. estaba ocupado en sus cuentas de administración, ó acostado por el cansancio del día borrascoso que hemos tenido hoy en Queiroso, en el Seno de Nemiña y en las furas. Vea que lo primero no es así, puesto que el galloqué no está sobre su escritorio y el medio apagado sobre la cómoda: preciso, pues, que V. estuviera en su lecho reposando, y esto es de mucha consideración para mí.

—Señora, ¿r- p- o- a- ha en efecto...

—¿Solo ó acompañado?... —prorrumpió Piedad sin poderse ya contener.

Yo incliné la frente no pudiendo resistir la luz de su mirada que penetraba en mi alma.

—Solo, —afirmé.

—¿Dice V. la verdad? —yo vío aún á insistir la baronesa.

—Yo no miento nunca, señora; —tant mudo creyendo salvarme con esta afirmación energética.

—Que no miente V. nunca!... —exclamó la baronesa con un grito desolado como si su alma se concentrara toda en su garganta.

Y avanzando resueltamente á la alcoba, y corriendo la puerta vidriera, y mostrándome á la señora Berta que se hallaba allí dando diente con diente, gritó:

—Pues si V. no miente nunca, ¿cómo esa muger, sin hablar, está diciendo que sí, que miente V.?

No hay palabras en el mundo para describir el efecto de aquella escena: yo me hallaba completamente anonada de midien o la profundidad del atis- mo en que había caído; Piedad se hallaba no menos anonada y se lamentaba al encerrarse por sí misma de la horrible verdad que presenciaba; y el ama del abad de Fige, la brides E ther, se hallaba igualmente anonadada, se fiondo de la alcoba compungida y postrando á los pies de la baronesa. Nada, nada había de inverosímil en cuanto me estaba pasando y en cuanto me acabara de pasar con Piedad en Queiroso, en el Seno de Nemiña, y en las furas del Melon de Lires, —y sin embargo, todo, todo en conjunto y en tan pocas horas me parecía fantástico, hijo de esos sueños horribles de una imaginación perturbadísima.

Habréis leído novelas, habréis visto operas, pero situación semejante en que el silencio tenía una frecuencia tan ignificativa, —de seguro que no. Todos creíamos hallarnos bajo la influencia de un sueño pavoroso. Todos teníamos que hablar y justificarnos, y á todos nos era imposible. Todos éramos allí víctimas consentidas, y á la vez todos éramos delinquentes inconscientes, porque si bien la baronesa, como dueña de la casa, tenía derecho á lanzar terribles anatemas, ella misma se reconocía imprudente en el carácter repugnante que representaba en unás de su pasión.

La señora Berta fué por fin la primera que rompió el silencio:

—Compadion de mí, señora! —olozó besando los pies de Piedad, —con una sola palabra que V. pronuncia ahora, me te V. perderme para toda la vida!

Piedad justificó entonces su nombre de pila. Como la estatua de la Piedad, inmóvil y dulce, solo extendió un brazo hácia la puerta, señalándole la salida al ama, pero sin decir una palabra siquiera.

La señora Berta saltó, deslizándose como una sombra, sin mirar á nadie, —y los dos, la baronesa y yo, nos quedamos solos en mi gabinete.

Entonces, trascurrieron algunos minutos en el mayor silencio. Yo quería hablar, justificarme en fin; pero no sabía cómo empezar, ni casi me era posible formular una palabra. Esperaba á que Piedad hablase, pero Piedad no hablaba nada. Por el contrario, como si toda la sangre se le agolpara á la garganta

y la ahogase, empezó á respirar fatigosamente, á sollozar más bien.

Los que hayais amado á una muger santamente, decidme si habéis sufrido tormento mayor en el mundo como verla sollozar con justicia: nos acusa tanto entonces una voz que suena en el fondo de nuestra alma, que es vano polemo; ha oídos sordos á la fuerza que manda.

Yo me sentía trastornado como nunca. A cada sollozo de la baronesa parecía saltarme el cráneo. —pero, cómo á grandes males hay que buscar grandes remedios, hice un *tour d'esprit*, afronté magestuosamente su mirada, y le dije con voz firme:

—Señora, yo Enrique Lopez de Lemos, señor de la casa de Sber y conde de Amaraute, pido á V. la mano de su esposa.

Y me incliné esperando su contestación.

Como si una vivora la hubiese mordido en un pie, Piedad retrocedió dos ó tres pasos al oírme aquellas palabras, irguiéndose en actitud defensiva. Me miró dos ó tres veces con una fijeza especial hija de la revolución que se óe ab instantáneamente en su estado psicológico por efecto de la asombrosa revelación y petición que le hice; —pero repeliéndose en breve, me contestó con dignidad:

—Señor conde, ¿pon que V. mi mo, V. me revela que esta pobre casa de Fige abrigaba en su seno á una serpiente! ¿Con qué no habrán que V. fuese traidor al n mío de sus abuelos, cul ándolo infamemente, sino que además me dchaba V. este hogar con una villanía...

—Respecto á lo primero, señora, —le dije—no confunda V. un capricho, una locura tal vez, con una infamia; y respecto al segundo, aunque pude fallar á la santidad del hogar, fué de á mi uera más inocente. En lo primero, víctima de un hastío cruel al verme solo en el mundo, tomé un nombre humilde y busqué una posición modesta, pretendiendo repetir de este modo para saber quien me podía amar ó aborrecer, no por ser conde, sino por mi mismo.

Yar ofendíndome á sus pies, le supliqué con la sinceridad de un adolescente y con frases de humilde canón, la causa de haber llamado á la señora Berta, concluyéndolo por implorar su gracia.

Nada bastó: pues Piedad, dilatando en grandes ojos llenos de emoción y de espanto, me dijo después de oírme:

—Señor conde, yo pudiera perdonar á mi administrador G rman todo, por caer con este d sociedad y deducción si V. quiere, y hasta podría elevarlo á una altura casándome con él, pues muertos mis padres, á nadie sino á Dios debo dar cuenta de mis acciones; pero á V., hombre de mundo, no le puedo perdonar nada... Muero V. compadimon e para mí!

Y me señaló con altivez á puerta como si hubiera algo en mi fisonomía que le inspirara miedo.

—Pero, Piedad...! —supliqué con toda mi ternura; —no rompa V. así la cadena sagrada que nos une...! Seré esa V., y viva para mí como yo tan solo viviré para V.! No confie V. en una separación, porque sería su muerte ó la mía. Desde el abrazo que nos unimos sobre la presa de Quioso, obedeciendo exco ivamente á un impulso irresistible de nuestros corazones, las he mos empujado para siempre y el lazo misterioso de amor que nos une, es insoluble.

—Ni un instante más...! —exclamó á una sonoridad aterradora, —ó sale V. ahora mismo, ó será arrojado de palacio por mis criados.

Entonces, á estas palabras de aquella *femina fere* herida, plegué las manos sobre el pecho, corrió por mis venas una languidez mortal, y las lágrimas se asomaron á mis ojos.

Tampoco bastó esto, para ablandar aquella muger

inexorable, que se trasformaba completamente en la encarnación de la altivez magestuosa.

—Fuerall!—exclamó con doble energía.

Y pálida como el mármol, tambaleándose como una estatua cuyo pedestal oscila, saltando casi sus ojos de sus cuencas, descompuesto en fin su semblante como su cuerpo, arrojó un golpe de sangre por la boca como si se le hubiera roto un vaso por la emoción de ira que la hacia temblar desde los pies á la cabeza.

Yo me quedé aterrado como si el cielo se desplomara sobre mí: creía soñar: me parecía mentira que fuera aquella la misma muger que habia tenido muerta de amor en mis brazos horas ántes. Corrí en su auxilio, porque se caía, pero llegué tarde. no sólo para sostenerla ántes de caer sentada en la butaca que tenia detrás, sino para recibir una mirada suya,—cerrándose sus ojos azules con sombríos reflejos al impulso del desvanecimiento que la aniquilaba.

Ah! la creía muerta. De rodillas al lado de la butaca, pasé mi brazo por debajo de su cuello, y besaba su semblante bañado por una palidez horrible,—confundiéndose mis lágrimas con la sangre que aún humedecía sus labios. Yo no estaba en mi cabal juicio, pues en vez de llamar para que la socorriesen, parecía que sólo esperaba morir allí, á su lado, preso de la alucinación de que era víctima. De repente, una idea insensata se apoderó de mi mente, la de cogerla y con ella en brazos precipitarme desde el balcon al patio,—pero volví á ser dueño de mí al ver que entreabría sus ojos secos y dilatados por la fiebre, dirigiéndome esa mirada vaga y recelosa de las personas que recobran los sentidos.

Al reconocerme, al verse sola conmigo en mi gabinete, nueva sensación de terror volvió á apoderarse de ella, temblando vivamente su cuerpo.

—Vayase V... me dijo con dolor profundo,—ya le dije á V. que el señor German se suicidó para mí, al reaparecer en el conde de Amarante!

Yo intenté suplicarle que tuviera lástima de mí, empleando las frases de infinita ternura que se agolpaban á mis labios,—pero otra vez se extendió su brazo señalándome la puerta.

Luchar más, era imposible. Mi condenación, era irrevocable. Convencido de esto, pasé entonces el minuto más angustioso de que tengo memoria, é inclinándome hasta tocar sus pies, se los besé como besaba de niño las plantas de una imagen.

Ni esto la ablandó, pues al buscar después su mirada, volvió los ojos hácia otra parte como si le horrorizara mi presencia.

Loco, fuera de mí, completamente desvanecido, no intenté mirarla más, porque conocia que era en vano,—y salí de aquella habitación adorada donde parecia dejar toda mi alma.

XVI.

El último pensamiento de Wéber.

Trémulo de dolor, retorciéndome en mis ansias mortales, sin fin, sin propósito alguno, enteramente extraviado, semejante á una cosa inerte ó á un cuerpo en desviación fuera de su órbita, traspuse mudo y estúpido las puertas del palacio.

Era cerca de media noche, y el encontrarme solo en el campo, como si quisiera ser extraño á la sociedad, como si en nada quisiera pertenecer á la Tierra, me sepulté por instinto en uno de esos caminos ahondados y cubiertos de zarzamoras, que en el país llaman *corredoiras*, creyendo evitar así hasta la luz de la luna que brillaba de lleno en la pradera.

Anonadado enteramente é incapáz de reflexionar sobre nada de cuanto me sucedia, experimentaba un frio intenso que descendia de la cabeza al corazon, produciéndome dolor insoportable. Abandonándome á aquel sufrimiento y sin fuerzas para resistirlo por el entorpecimiento de mi intelectualidad, sentia desgarrarse mi alma fibra á fibra. En medio de aquel estado horrible de mi sér, sólo me dominaba una sensación implacable, la de mi amor propio profundamente herido, que me impulsaba á abandonar aquellos sitios sin volver la vista atrás.

Pero esta sensación no fué duradera, pues al trasponer una colina que ocultaba la vista de la masa oscura del palacio de Frige, otra sensación me hizo retroceder hasta ella, y sentarme al pié de un pinar desde el cual se divisaba aquella morada de donde me arrojaban. Entraba, pues, en un período psicológico cruel en que dos fuerzas opuestas duplicaban mis sufrimientos: la fuerza de mi amor propio que me obligaba á huir de Frige y la fuerza de mi amor á Piedad que me enclavaba en la meseta que dominaba la baronía.

Aquel infortunio que me sobrevenia en tan pocos instantes, era para mí tan irreparable como la muerte, pues esta la sentia en los senos del alma. ¿No habria para mí consuelo en el mundo? Demandarlo á Piedad era imposible; demandarlo á la soledad de Amarante más imposible todavia, porque mientras viviese la baronesa no comprendia que pudiera respirarse sino en el radio de su atmósfera. Ah! yo habia encontrado la felicidad por segunda vez, la habia tenido en mis brazos, habia aspirado su aroma; pero por una de esas fatalidades dramáticas de la vida íntima, se volvia á evaporizar para mi anhelo.

BENITO VICETTO.

(Se continuará).

AL AMOR.

Tu embelleces las horas de la vida
y sin tí no hay delicias ni placeres,
y te deben su ser todos los seres,
y te adoraron ya—¡oh edad perdida!

Es por tí la existencia precedida—
así lo quiso Dios,—que tu la imperes...
y acaso, Amor, si el mismo Dios no eres,
su voluntad suprema en tí resida.

Yo te saludo.—El alma entusiasmada
te saluda también.—Esaudivo al ruego
que te implora ferviente y prosternada.

Si ya debo morir: si debe luégo,
su término tocar la vida mía,—
de amar y de existir, deje en un día.

L. DE SARALEGUI Y FERNAN NUÑEZ

1845.

RECUERDOS DE UN VIAJE POR GALICIA.

La Ulla-alta y la Ulla-baja.

III.

. Al amanecer del siguiente dia, los caballos ya

nos estaban esperando para una expedición no menos agradable. Tomamos en sentido opuesto, atravesando sotos, montañas y valles deliciosos, hasta que nos hallamos con la notable formación piróide del Campo Marzo, cuyo cono termina en una extensa meseta cubierta de diques formados por grandes trozos de trapp descompuesto, y masas de cuarzo escoriiforme, cuyas cavidades se hallan tapizadas de hermosos jacintos de Compostela y falsos topacios; allí se observaban el jaspe rojo grosero, las calcedonias manelonadas, las cornalinas bastas y celulósas, y otros minerales y rocas características. Anuncia la proximidad de tan notable cerro, la abundancia de serpentina cubierta por una capa blanca de magnesita, que dá á la roca variados y caprichosos tintes, entre los que predomina el verde jaspeado de negro y blanquecino.

Descendiendo hácia el río Toja, resalta al sur, en ángulo de 20 grados, un filon de basalto de unos 40 metros de extensión, cuyo negro *detritus*, dá á la vertiente un aspecto sombrío.

Tan notable formación, las rocas que la constituyen, los cantos de cuarzo ennegrecidos y calcinados hasta dos milímetros de su espesor, y el filon basáltico, nos acusan evidentemente la existencia de un antiguo volcan, confirmando esta idea las conmociones que de tiempo en tiempo se experimentan en aquella comarca, acompañadas de violentas sacudidas y el sordo rugir de las entrañas de la montaña.

IV.

Ocupados el marqués, su capellan y yo, en reconocer rocas é insectos, llegamos á otro punto aún más admirable.

El marqués con esa solicitud que me complazco en consignar aquí, hizo alto llamándome la atención sobre un ruido que se percibía cada vez más distintamente. «Nos acercamos á la cascada del Toja,» me dijo, «y aquí preparo á V. un nuevo encanto de este privilegiado país.»

Efectivamente, poco á poco el ruido se hacia más perceptible; bajamos, no sin algun riesgo, por una rápida y resbaladiza pendiente, presentándose de pronto á nuestra vista una profunda y estrecha cañada, de aspecto árido é imponente, por la cual se desliza con veloz y estrepitosa corriente el río Deza. En un recodo de esta cañada, y como queriendo ocultar tan sorprendente belleza, se precipita el río Toja, desde unos treinta metros de altura, rebotando en las sinuosidades de la negra roca que lo sostiene, para abrazar en su curso al Deza, y así confundidos ir á perderse en el Ulla.

Sublime es el aspecto del Toja, poco ántes arastrándose por un terreno de escasa pendiente, al lanzarse de la montaña para buscar al Deza, aumentando la magestuosidad de este cuadro, el ruido sordo que á cortos intervalos se percibe, asemejando el estampido de un lejano cañonazo, producido por la caída de las aguas, detenidas un instante en los aires. Pero cuando es más sorprendente, cuando despliega todas las fases de su magnificencia, es en las crecidas del invierno.

Constituido el recodo de la montaña por tres lados, uno de los cuales hace frente á la cascada,

las aguas se lanzan sobre él con ímpetu, rebotando repetidas veces, hasta caer en el pozo, formado por la caída, con horrisono estruendo, precipitándose despues convertidas en espuma por una ancha y pedregosa rampa que las conduce al Deza. Entónces es verdaderamente sublime el observar los mil confusos torbellinos de argentina espuma, revolviéndose en todas direcciones, y formando los más fantásticos y caprichosos juegos.

V.

Terminada nuestra visita al Campo Marzo y cascada del Toja, regresamos al palacio de Oca, desde cuya galería, al contemplar la melancólica luz de la luna y el cielo tachonado de resplandecientes estrellas, el silencio del valle y el murmullo de las aguas, al deslizarse al través de los jardines; el aroma de los eliotropos y la frescura de la brisa; nos hacian recordar las deliciosas noches de la Alhambra de Granada, y las fantásticas leyendas orientales.

Tal es el paseo que hemos dado por la Ulla alta y baja, y que recomendamos al que quiera disfrutar de las perspectivas más encantadoras, de la justamente llamada Suiza española.

VICTOR LOPEZ SEOANE.

Cabañas 29 de agosto de 1874.

EL BORRACHO Y EL ECO.

Noche oscura y silenciosa
tan achispado iba Anton,
que cayó de un tropezon
en la senda barrancosa.

Echó un recio juramento,
diciendo:—¿Quién se cayó?
y en la pared de un convento
resonara el eco--Yo.

—Miente: soy yo que caí,
y si el casco me rompí,
tendré que gastar pelucas.

—Lucas.

—No soy Lucas volo á brios
que nos vamos ver los dos
presto, señor farfanton.

—Anton.

—Me conoces ¡eh! tunante,
pues aguardame un instante,
conocerás mi navaja.

—Baja.

—Bajaré con mucho gusto,
¿te figuras que me asusto?
al contrario, más me exalto.

—Alto!

—Alto yo! Piensa el osado
que cien lauros que he ganado
hoy con mengua los marchito.

—Chito.

—¡Y se atreve el insolento
mandar callar á un valiente,
que calle yo ¡Miserable!

—Hable,

— ¡Vaya! no, ¿cómo hablaste hasta que tu lengua impía con este acero taladre.

— ¡Ladre! soy perro quizás? donde, villano, ¿dónde estás?

— ¿Que de no hallarte me aburro?

— ¡Burro! — Yo burro! ¡Insulto tamaño vengaré de un modo extraño, que el sitio me es oportuno.

— ¡Tuno. — Mas ¿dónde está el majadero, que ya hacerlo rajás quiero? responde, donde se encuentra?

— ¡Entra. — Porque no sales bellaco? porque tu valor es flaco contra el mio colosal.

— ¡Sal. — Aquí me tienes, cobarde. Dime ¿quieres que te aguarde?

— ¿Dónde estás? ¡vahl! nadie se acerca.

— ¡Cerca. — Pero ¿dónde estás, repito? que escuchando estoy tu grito, mas el no verte me admira.

— ¡Mira. — Ya miro, pero, ¿qué diablo! si no veo con quien hablo, pues no parece pin uno.

— ¡Uno. — Uno! Pues bien, salga ya: mi coraje prohará: le aguardo: aquí me coloco.

— ¡Loco. — Chacóste acaso tú? por vida de Becebú! sal presto, que desespero.

— ¡Espero. — Así te burlas de mí! responde ¿quién eres, di? ya de cólera feviento!

— ¡Viento. — Eres algún trago inmundó? ¿eres cosa de este mundo? habla: nada hay que me asombre.

— ¡Hombre. — Más eres vivo u' difunto? aclárame todo al punto, y con quien hablas repara.

— ¡Para. — Si eres ánima afligida, bien; mas si eres de esta vida, hoy mi brazo te destruyo.

— ¡Huye. — En vano intentar lo quieres, pues mientras no se quien eres mi espíritu no se asombra.

— ¡Sombra. — Sombra ¡Dios mio! en tal caso perdóneme que echo un vaso, tres copitas y un vizcocho.

— ¡Ocho. — Ocho ¡se engaña pardiez! serian siete tal vez,

que para la tomó Ramona.

— ¡Mona. — Lo que es mona, no señor:

me puso alegre el licor, y á Romaula también.

— ¡Bien. — Señor, no volveré más;

fué en el café de D. Blas, y do estuyé con ella sola.

— ¡Hola. — Pues, señor, como decía: en su grata compañía tomé unos dulces y queso.

— ¡Eso. — Dos empanadas y pouche, y frutas ¡voto al demonche! que á un traigo aquí las simientes.

— ¡Mientes. — No miento, no, como hay Dios, que en francachelas los dos, gastamos reales cincuenta.

— ¡Cuenta. — Ah! Señor, iba diciendo: con ella hablando y riendo tomé lo que me convino.

— ¡Vino. — Vino; si señor un poco: dos vasos me han vuelto loco, que echase más no penseis.

— ¡Seis. — Seis! No me acuerdo, en efecto, que tengo siempre el defecto de no contarlos despues.

— ¡Pues. — Mas en medio de todo eso no se me ha turbado el seso, ni á la chica me acerqué.

— ¡Que? — Que no quise abusar de ella, pues aunque es muy fresca y be la, aún tengo alguna virtud.

— ¡Tú? — Yo, Paea! ¿Qué mal hice! diga? cuando le cayó una liga, se la puse y nada más.

— ¡Más. — Sombra que todo lo sabes, despáchame cuando acabes, que por mi parte acabé.

— ¡Vé. — Si! gracias! me voy que es tarde... A Dios, el cielo te guarda, triste sombra veneranda.

— ¡Anda. — Marcháse Anton tacidurno con tímida planta lista,

recelando que aún le envista aquel fantasma nocturno, que se ocultára á su vista.

Llega a su casa al momento, do le esperaba su esposa, y afirmó con juramento que una sombra pavorosa le hablara junto al convento.

Francisco Añez.

Santiago — 1850.